

El beso estertor

Samuel Andrés Pomares Peláez



Capítulo 1

La piedra de sol en su puesta de sol nos invita a detenernos, a ralentizar nuestra agitada vivencia. Para su motivo y efecto: revivir en breves momentos el día presente, aquel que se ha vivido hasta entonces.

Queda asolada la luz y el acto retorna antes de suspender la vida en vilo.

Es nuestra vida en puestas de luz.

Capítulo 2

Sueño de los amantes

Una mujer, una joven precisamente, con tatuajes en el fino y curvilíneo trazo de su brazo, mejor dicho antebrazo, izquierdo. Cabello claro, rostro delgado y sonrisa cautivante. La confundí con alguna amiga cuyo rostro a lo lejos se asemejaba, por eso la invite a seguirme en lo que yo hacía. Ella detuvo el coche en el que se encontraba y desde el que me avistó.

Acto seguido me ví en un momento de descubrimiento. Me dí cuenta de que a aquella muchacha no la conocía. Le pregunté, entonces, por qué había dejado su transporte. Serena ella me repondió que teníamos algo común, algo como un uniforme; que apesar de no conocerme, ni conocernos, sentía que sí debíamos.

Fuimos caminando entre las calles mientras le contaba lo que me encontraba haciendo. Y ella, sin prisa pero con interés, comenzó a hacer lo que yo. Todo esto ocurría mientras la ayudaba y le comentaba otras cosas más. Llegamos, despues de arrasar las calles y expirar el viento por la charla, a una casa, creo que mía, y reposamos en una cama. Luego de todo, subitamente comenzamos a preguntar por nosotros: ¿quienes éramos? y ¿quiénes somos ahora?, muy apasionadas preguntas que exigían respuestas íntimas. ¿Cuáles son nuestros nombres?, importaban mucho los nombres mientras dejábamos de ser «el muchacho» y «la muchacha», en todo caso. Asimismo la pregunta de nuestros orígenes y procedencia.

Ahora no recuerdo su nombre, a es que no quiero dejar de verla en toda muchacha. Pero sí recuerdo su edad, junio del 99, 22 años. Quedámonos dormidos, juntos en la ligera cama de serpenteantes sábanas, entrelazados el uno al otro.

Al despertar solamente estaban unos uniformes, unos papeles con poemas y diálogos escritos en ellos; y mi cuerpo sintiendo la soledad y buscándola en presencia... nuevamente.

Capítulo 3

Desarraigo

Se dice que nacemos en un mundo, la Tierra. Pero esta Tierra no es en principio una mota de polvo en una galaxia. Por el contrario, es nuestra primera morada. En este sentido, la Tierra, nuestra tierra, es vital. Acaso cuando nacemos nos arraigamos a nuestra Tierra a medida que crecemos, a pesar de que hay quienes se sienten extranjeros en sus moradas. Pero lo son en función de sus moradas. Así he visto a las personas y por ello creo que el desarraigo no es más que la ausencia de esta situación que puede llegar a matarnos.

Así ocurrió con la bien iluminada por el universo Valeria. Se hizo mujer y salió de su morada familiar, dirigióse a otra sin mirar atrás en un principio. Le pasaría factura no saber mirar atrás, tiempo después. Murió sin que la dulce añoranza y la esperanzadora ilusión dominen su desarraigo. Y yo no me encuentro en camino distinto de aquella. Su ausencia se traduce en que el mundo me ha desarraigado de todo cuanto amé.

Capítulo 4

Algo en lo oscuro

.

Hay en el oscuro que va aclarándose dentro de esta habitación una advertencia. El pecho se sabe corazón, cada vez más estrujado con cada rayo de sol que entra por las diminutas ventanas, recordándole al alto hombre la pobreza en la que vive y amanece. Despierta del sueño a la vigilia y en menos de un instante este pierde la calma de su estado de somnolencia... y es envuelto ferozmente en sus preocupaciones, a veces en sus alegrías, muchas veces en sus proyectos y en sus deberes, hoy en su miseria. El alto hombre se despierta, pienso a menudo, o a la felicidad o a la tristeza.

En esa poco a poco más clara habitación, su vida lo busca, lo reclama, le demanda atención, acaso con un dolor de espalda, con un vacío en el estómago o con la imaginación del día en curso por hacerse. El alto hombre simplemente va, inexorablemente destinado a, por lo menos, prestar atención a su vida y a desarrollarla, en el mejor de los casos, afrontando el abrazo desesperanzador de la tristeza.

En la ya clara habitación, no le queda, al alto hombre, seguir con su vida, pase lo que pase, con miedo, aun siempre, quiérase o no, hacia adelante... Y acontece la noche, y le resume su día, le sobreviene un pronóstico para mañana y se sabe destinado a qué brazos asistirá mañana al despertar nuevamente.

...siempre y cuando él y su vida se asistan desde dentro de lo oscuro hasta el límite de lo claro.

Capítulo 5

Una canción como horizonte

¿Es acaso tu voz quien quebranta silencios y armoniza melodías en el vórtice de esta ausente habitación? ¿O son quizás los latidos de mi corazón que simplemente marcan el compás intermitente entre mi espera por tí y mi desilusión por tu inexistencia? ¿Es el fluir de mi sangre que arremete con sus vibraciones recordándome con claridad que estoy vivo?

Lo que sucede, te lo repito, es que hay algo que amplía el lugar en que tengo sitio. La breve habitación del silencio es trastocada por alguna sonoridad que a tientas creo poder reconocer. Pero nada. Así, te he buscado por todos los lados que puedan darse en la habitación. Encontré el viejo disco de música que habías comprado. Recuerdo de él solo los sonidos, ya que borraste todo rastro e indicio de nombres, títulos, grabados, imágenes; haciéndolo propio del misterio. A este respecto, te informo, que el disco en cuestión no era, solamente una caja que hubo de contenerlo. No sé a dónde fue a parar.

Escucho nuevamente los sonidos, más familiares ahora que nunca, luego de recordar aquel disco viejo. Son las melodías que traía este. El reproductor y el móvil inertes y suspendidos de sus funciones no pueden ser. ¿He enloquecido al fin, estaría en deuda contigo si así fuera? No es el caso, iré a buscar estos sonidos...

Como te dije, no es el caso, y acaso lo sea, también tú lo estarías. Lo que sucedió cuando volví a buscar esos sonidos, fue algo que no podríamos haber esperado. Salí despacio de la habitación y las melodías se alejaban a cada paso que ejecutaba, pero, y aquí la sorpresa, llegaba a un lugar alejado de la habitación y estas melodías dejaban de trastocarme solo por un momento, para acrecentarse en un espacio más amplio. Las escuché en las distintas habitaciones, cocina, baños, con más o menos intensidad y siempre envolventes pero dirigidos hacia adelante. Te diría que en cada habitación, la melodía reiniciaba su sitio, que parecía disponerse entorno mío, pero a un tiempo no, sino de la habitación.

Te he dejado de buscar sin la melodía y ahora te escribo esto. Acaso lo habrás de leer al buscar aquella canción a modo de horizonte que se nos ha presentado, envolviéndonos desde los rincones de las habitaciones hasta el amplio sitio de nuestro lecho. Ya no hay silencios de vacío, sino silencios de presencias anteriores. Hay una canción como horizonte.

Capítulo 6

Estas palabras solo desesperan
por presentarse como fuego al mundo,
por ser revelador al vagabundo.

Estas palabras así operan.

Los fluídos ígneos me imperan
abrasar el miedo del vacío inmundo
y entibiar cantos del inframundo.

Así, vocablos de fuego prosperan.

Se quedan o se pierden de su centro.

La noche, el cuerpo de luz impasible

Y al viento sus llamas buscan encuentro.

Y al viento sus llamas buscan encuentro

desde su cuerpo sereno e imposible.

Y el carbón de su huella ya epicentro.